

capital de Méjico, y me bastará con citar aquí la Escuela de Minas dirigida por el sabio Elhuyar, el Jardin Botánico y la Academia de las Nobles Artes. El Gobierno la concedió una muy espaciosa casa, en la que se halla una coleccion de modelos en yeso, mas hermosa y completa que en ninguna parte de Alemania. Esta Academia ha adelantado y extendido mucho el buen gusto en toda la nacion, y principalmente en cuanto tiene relacion con la arquitectura; y así es que en Méjico, y aun en Guajuato y en Querétaro, hay edificios que han costado cuatro y aun seis millones, y están tan bien construidos, que podrian hermostear las mejores calles de París, de Berlin ó de Petersburgo. En esta Academia, no obstante las grandes preocupaciones del país acerca de la distincion de castas, se ve al negro al lado del blanco, y al hijo del artesano al lado del de la persona mas distinguida. Desde los últimos tiempos del reinado de Cárlos III, el estudio de las ciencias naturales ha hecho grandes progresos, no solo en Méjico, sino generalmente en todas las colonias españolas. Ningun gobierno europeo ha hecho tan considerables gastos como el español, para adelantar el conocimiento de los vegetales. Tres expediciones botánicas, las del Perú, de la Nueva Granada y de Nueva España, dirigidas por los señores Ruiz y Pavon, D. José Celestino Mutis y los señores Sesé y Mociño, han costado al Gobierno mas de ocho millones de reales. En el recinto mismo del palacio del virey de México hay un muy buen jardin botánico, en el que el profesor D. Vicente Cervantes da todos los años un curso, al que concurren muchos discípulos. Este sabio posee, además de sus herbarios,

una rica coleccion de minerales mejicanos. El Sr. Mociño, que acabamos de nombrar, uno de los compañeros del Sr. Sesé, y el cual ha adelantado sus penosos viajes desde el reino de Guatemala hasta la costa Noroeste, ó hasta la isla de Vancuvet y Cuadra, y el Sr. Echeverría, pintor de plantas y de animales, cuyos trabajos pueden rivalizar con los mas perfectos de Europa en esta parte, son ambos naturales de Nueva España, y antes de salir de su patria ya se habian distinguido entre los sabios y los artistas.

Despues de manifestar el mencionado baron de Humboldt los conocimientos que en la química habia entre la juventud estudiosa, dice: «La Escuela de Minas contiene un laboratorio de química, una coleccion geológica, dispuesta segun el sistema Werner, y un gabinete de fisica en el cual se hallan, no solo excelentes instrumentos de Rams, sino tambien modelos ejecutados en la misma capital con la mayor exactitud, y con las mejores maderas del país» (1).

(1) Despues de ver los muchos hombres ilustres que tuvo Méjico y lo adelantado que estaba el país en los diversos ramos del saber humano, segun la respetable opinion del baron de Humboldt, sorprende ver que aun se presente, por algunos escritores modernos, envuelto el país en la ignorancia, mirando á los ilustres hijos que honrarian á cualquiera nacion culta de Europa, como individuos que apenas empezaban á vislumbrar un ténue rayo de las ciencias, de la literatura y de las artes. El apreciable escritor D. Manuel Rivera en *Los gobernantes de Méjico*, no teniendo presente sin duda este estado de adelanto en que estaba el país, dice: «Las trabas, la presion de la conciencia que trae consigo la de la razon, el ciego respeto que humilla é impide á un pueblo que conozca lo que vale, formaban el sistema de gobierno á propósito para conservar las colonias y extraer de ellas cuanto dinero fuera posible, en cambio de los sentimientos piadosos manifestados por los reyes católicos en

La paz interior que disfrutaba el país, y el acierto con que gobernaron los vireyes que rigieron los destinos de la Nueva España en ese siglo, contribuyeron poderosamente al admirable progreso de todos los ramos del saber humano. Ni uno solo de los gobernantes habia sido

las reales cédulas y en pago de la doctrina cristiana y de ciertas tendencias á la civilizacion; esto es lo único que nos dieron los dominadores de acuerdo con la época.» El lector podrá juzgar por la opinion honrosa emitida respecto de los vireyes por el sabio historiador mejicano padre Cavo, así como por el escritor de la misma nacionalidad D. Carlos María de Bustamante que se encuentra en la nota que sigue á esta, de qué lado se encuentra la razon y la justicia, y si la aseveracion del respetable baron de Humboldt, elogiando el saber de los mejicanos y lo bien organizado de los colegios en que estudiaban, debe desecharse como un sueño, ó recogerse como una verdad. Yo, por mi parte, me he creido en el deber de manifestar á los europeos que se dignan leer esta humilde obra, los distinguidos sabios que ha producido Méjico y que han pasado ignorados por la generalidad de los habitantes del viejo continente. Para mí esos sabios mejicanos no habian recibido únicamente «ciertas tendencias á la civilizacion», sino que la poseian en toda su plenitud. No era únicamente «la enseñanza de la doctrina cristiana», la que formaba su instruccion, sino que poseian la luz de las diversas ciencias, en toda su plenitud, puesto que sus rayos, cruzando los mares, llegaron hasta las cultas capitales de Europa que pudieron entonces admirar el esplendor de ella, apresurándose sus academias de ciencias y literatura á nombrarles sus socios. Los escritos de los que han presentado á los habitantes de la Nueva España envueltos en la ignorancia, no saben el daño que han hecho al buen nombre de aquel hermoso país con sus inexactas pinturas. De esas apasionadas relaciones ha resultado que en las naciones europeas, excepto en España, se juzga á Méjico de una manera desfavorable, creyéndola en el mas lamentable atraso, puesto, dicen, que las revoluciones que han agitado á la república despues de su independendencia, no son los agentes mas á propósito para el adelanto de las ciencias y de la bella literatura. Preciso es que los mejicanos patenticen lo contrario, presentando, como pueden presentar, hechos que prueban que Méjico estuvo y está, no obstante las convulsiones políticas que ha sufrido, á la altura de la civilizacion europea. Yo, cumpliendo con mi deber de historiador, continuaré presentando á los hombres que han figurado hasta la época en que vivimos, pagando así un tributo de deber á la justicia.

cruel, déspota ni tirano. En todos ellos, sin excepcion, resaltan los sentimientos de humanidad, el afan por el bien de los gobernados y el deseo por los adelantos de la inteligencia (1). La conciencia que tenian de su buen

(1) Hé aquí el honroso juicio que hacen de esos gobernantes los escritores mejicanos Padre Cavo y D. Carlos María de Bustamante. Del duque de Alburquerque, dice el primero, «que habia gobernado la Nueva España con la mayor moderacion y prudencia, y que habia sabido preservarla de turbulencias y partidos». Del duque de Linares, que le sucedió, se expresa Alaman en los siguientes términos: «En el duque de Linares comienza la série de grandes hombres que gobernaron la Nueva España en los reinados de los príncipes de la casa de Borbon, hasta Carlos III.» El padre Cavo, hablando del mismo virey, dice: «El duque de Linares, sin perdonar á sus rentas, reparó las fábricas maltratadas y socorrió á los pobres cuyas casas se habian desplomado. Este caballero, desde que entró de virey, se mostró liberal y caritativo. Era, á la verdad, uno de aquellos hombres que por inclinacion son propensos á hacer bien, y los males comunes los sienten no de otra manera que los propios». Del marqués de Valero, que le sucedió, se expresa así: «El marqués de Valero, despues de haber gobernado por seis años la Nueva España con singular prudencia, entregó el vireinato.» Hablando de Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, que sucedió al anterior, dice: «Estaba dotado de todas prendas que parecia nacido para la felicidad de un gran reino. En su tiempo no hubo otros escalones para subir á los puestos que los del mérito.» Del obispo virey Eguiarreta, elogia todas las providencias que dictó. Del duque de la Conquista, que siguió al anterior, dice: «El año que gobernó la Nueva España el duque de la Conquista, dió muestras de ser un gran ministro, y no hay duda que si la muerte no le corta los pasos, hubiera dado providencias utilisimas para la felicidad de aquel reino.» Hé aquí cómo se expresa del virey Fuenclara, que le sucedió en el gobierno: «No obstante esta falta de comercio con la Europa, el reino de Méjico, bajo el suave gobierno del conde de Fuenclara, florecia cada dia mas, y las rentas reales se aumentaban.» Al fin dice: «El conde de Fuenclara, que por sus partidas fué muy querido de los mejicanos, entregó el mando», á su sucesor. Del primer conde de Revillagigedo solo manifiesta «que entendia en el aumento de las rentas reales, y que en su tiempo crecieron éstas.» Con efecto, sabido es, como dice el escritor mejicano D. Lucas Alaman, que «el conde de Revillagigedo mejoró mucho la administracion de la real Hacienda y aumentó sus productos, sin olvidarse de sus propios intereses». Respecto á su carácter

proceder, les hacia confiar en el aprecio de sus gobernados. Si hubieran sido injustos y arbitrarios, no hubieran puesto las armas ni la defensa de la colonia en manos de los que hubieran juzgado ofendidos. La mayor armonía reinaba entre gobernantes y gobernados. Los mejicanos no veian en su suelo bayonetas de otro país que pudieran

ni fué déspota ni cometió ningun acto que le hiciese temible. De su sucesor, el marqués de las Amarillas, asegura «que era integro»; que «fué un ministro adornado de virtudes. El desinterés lo caracterizó; y esta fué la razon por que despues de cinco años de virey, dejó á la marquesa, pobre». Al hablar de Cagigal, que le sucedió en el mando, dice: «que su partida de aquel reino (Nueva España) fué muy sentida, pues su afabilidad esperanzaba á los mejicanos de que seria un buen virey». De la administracion del marqués de Cruillas se expresa favorablemente, y al hablar de su sucesor, marqués de Croix, asienta: que, «desde luego se echó de ver la integridad de que era adornado, pues no se pudo conseguir que aun recibiera aquellos regalos que se hacen á los vireyes recien llegados. Este modo de proceder tan desinteresado mantuvo por el tiempo de su gobernacion». De Bucareli, que le siguió en el mando, se expresa el escritor mejicano D. Carlos María de Bustamante en los siguientes términos: «Era modelo de virtudes: bajo su sombra veia el rico un conservador de sus propiedades, el huérfano un amparador de su desolacion, el criminal un juez, el sabio un protector, el menesteroso un padre compasivo, la Religion un apoyo, el militar un jefe esforzado y prudente. Su nombre era acatado por este inmenso continente, y al pronunciarlo, se presentaban las ideas correlativas é inseparables de sus virtudes.» De su sucesor Mayorga se expresa el mismo escritor en estos términos: «Mayorga incuestionablemente ha sido uno de los vireyes mas hombres de bien que ha tenido esta América; considéresele bajo cualquier aspecto por donde debe contemplarse un gobernante, y se le encontrará recomendable.» De Matias de Galvez, que le siguió en el poder, dice: «Méjico sintió verdaderamente la muerte de D. Matias de Galvez:» fué, agrega, «un virey sincero á quien siempre guió en sus actos la virtud del candor: luego añade: «era naturalmente bondadoso, compasivo, amigo de hacer el bien: no dejó un hombre quejoso, ni por su causa se derramó una lágrima dolorida, si no fué por su muerte». Las palabras que dedica á su sucesor, conde de Galvez, dicen así: «Expiró regando su lecho con sus lágrimas y deplorando su desgracia millares de pobres que incesantemente acudian á saber de la salud del que

oprimirles: ellos eran los que, formando la fuerza armada, estaban encargados de la defensa de sus propios derechos y garantías. Todos los regimientos provinciales eran de hijos de la Nueva España. En la misma capital, residencia de los vireyes, las armas estaban en poder del pueblo mejicano. Habia regimientos de diversos gremios, y en-

llamaban justamente su padre.» Del gobierno del arzobispo virey Haro, dice: «que fué á placer de todos, pues se condujo con prudencia como fino cortesano y caballero que era». De su sucesor D. Manuel Flores elogia todas sus providencias y dice que era «un marino ilustrado», y que «su tertulia nocturna era de sabios». Habla de Revillagigedo, que le siguió en el mando, en los términos mas honrosos, y dice que, «para elogiarlo dignamente, sería preciso que el orador fuese igual al héroe». Solamente del marqués de Branciforte, que le sucedió en el mando, se expresa en términos desfavorables, acusándole de codicioso y vano; pero jamás ni de cruel ni de severo, y aun aquellos cargos los hace apoyado únicamente en las palabras *se decia, se contaba*, dando por ciertas las anécdotas que se referian, y que, como he manifestado, tocan en lo inverosímil. El mismo D. Carlos María de Bustamante dice que Branciforte no estaba bienquisto «con la calidad de extranjero y por el renombre de avaro que habia adquirido». De Azanza, que tomó en seguida el mando, se expresa en los siguientes términos: «D. Miguel José de Azanza es uno de aquellos hombres cuya vida merece trasmitirse á la posteridad por sus virtudes». De su sucesor Marquina dice que, «los que conocian el fondo de caridad de este jefe sintieron su separacion del mando». Luego agrega: «sus manos puras y su corazon recto bien merecen la gratitud de los mejicanos. ¡Dios les dé muchos Marquinas!» (añade aludiendo á los presidentes de la época de 1837, en que escribia) «que no los saqueen ni derramen su sangre para su engrandecimiento personal!» Esta es la pintura honrosa que los escritores mejicanos han hecho de los vireyes que gobernaron en el siglo XVIII; no habiendo sido menos lisonjera, como hemos visto, la que hicieron de los del siglo XVI y XVII. Con esa série de gobernantes probos, honrados, caritativos y justos, segun los presenta el respetable historiador mejicano D. Andrés Cavo, y el nada sospechoso, en ese punto, D. Carlos María de Bustamante, quedan destruidas las acusaciones de algunos escritores que, dando crédito á relaciones inexactas, dictadas por las pasiones de partido, los han presentado tiranizando y oprimiendo á sus gobernados.

tre ellos se contaban los de tocineros, panaderos y curtidores. Todos se juzgaban entonces españoles, y desde la nobleza hasta el mas humilde del pueblo se mostraban adictos al pabellon español, que era el suyo y á la sombra del cual habian combatido gloriosamente contra ingleses y franceses, en Santo Domingo, Jamaica, la Florida y Yucatan (1). Dinero, hacienda y vida estaban dispuestos á dar en defensa del pabellon que unia á los dos países, pues como dice el escritor mejicano D. Carlos María de Bustamante, «en aquellos tiempos de abundancia se tenia á mucho honor franquear al rey cuanto necesitaba».

No existia, como se ve, antagonismo ni muchos menos odio entre mejicanos y españoles.

Todos se consideraban unidos por los sagrados lazos de la sangre y por el de una misma patria.

Las cuestiones particulares que una vez que otra se suscitaban entre algunos de ellos, eran, como ya he dicho otra vez, de provincialismo, como sucede con todas las provincias de una misma nacion, y no de nacionalidad, reinando, respecto á este último, el mismo pensa-

(1) Que los mejicanos se consideraban españoles y tomaban un vivo interés por el triunfo del pabellon español, se ve en todos los apuntes particulares que formaron el lic. mejicano D. Antonio Robles, el cabo de alabarderos, tambien mejicano, D. José Gomez, y otros varios. El padre D. Andrés Cavo, al hablar de un reñido combate entre el galeon español *Covadonga*, que marchaba de Acapulco para Manila, y un navio inglés, despues de pintar la heroicidad con que se batieron los españoles, agrega: «Con estas desgracias» (el considerable número de muertos y heridos que tenian) «siendo accion temeraria el seguir en la pelea, arriaron los nuestros la bandera.»

miento, la union mas íntima, pues no existia para ellos mas que un pabellon: el de Castilla.

Las palabras *gachupin* y *criollo* no tenian entonces significado ofensivo, sino que se hacia sencillamente uso de ellas para indicar al español europeo y al individuo nacido en la Nueva España (1).

Los triunfos ó las derrotas de los ejércitos españoles en las guerras que se veian precisados á sostener en Europa, afectaban á los mejicanos como si hubieran nacido en la misma España. Al referir esos hechos de armas en su diario particular y privado, así el mejicano, licenciado D. Antonio de Robles, como el cabo de alabarderos, mejicano tambien, D. José Gomez, muestran un españolismo ardiente, y al ponderar el valor de los ejércitos de la Península, nunca ponen simplemente los españoles, sino «Nuestros hermanos los españoles»; «Fué nuestro el triunfo»; «Nos fué contraria la suerte de las armas».

La idea de emancipacion, de formar una nacion independiente, fué posterior al siglo xviii. Nació en los acontecimientos pertenecientes á los primeros años del siglo xix. De esos hechos; de los proyectos primeros para lograr la independenciam de una manera pacífica; del grito dado por el cura Hidalgo para emancipar á Méjico de España, y de cuanto pertenece á los acontecimientos que desde ese momento hasta la época actual se han operado

(1) *Gachupin*, como se dice en Méjico, y *cachupin*, como lo trae el *Diccionario de la Academia Española*, es corrupcion de la palabra india *cactzopin*, que significa «el que punza ó pica con el zapato», con que los indios denominaban á los soldados de Hernan Cortés, porque llevaban en la bota la espuela con que punzaban al caballo.

en aquel hermoso país, me ocuparé en el siguiente tomo y en los que le sucedan para terminar la obra.

Vamos á entrar en una época de movimiento, de agitación, de combates, de escenas conmovedoras, de cambios políticos y de hechos importantes que forman la vida de la bella region que, despues de trescientos años de haber formado parte de la nacion española, llegó á constituirse en nacion independiente y soberana.

Amante de la verdad, y conocedor de aquel hermoso país y de su sociedad, mi pluma presentará los hechos y pintará á los hombres con la imparcialidad con que ha dado á conocer los acontecimientos hasta la terminacion del siglo XVIII.

FIN DEL TOMO QUINTO

APÉNDICE
